

Dibujando fortines, indios, milicos y malones.

Aspectos históricos y socio-culturales de la representación de la Frontera Sur con el indio durante el siglo XIX en la historieta argentina. Algunas reflexiones desde la Antropología y la Arqueología.

Carlos G. Landa y Julio César Spota

A lo largo de su configuración como espacio artístico autónomo, la historieta argentina desarrolló relaciones temáticas de inspiración, revisión y crítica respecto de algunos los procesos y fenómenos más importantes que conforman el pasado argentino. La historieta planteó una aproximación alternativa -poco explorada por parte de los investigadores en ciencias sociales y humanidades- hacia la definición de la perspectiva histórica según la cual se interpretan los acontecimientos más relevantes del siglo XIX. En la práctica, el surgimiento de planteos históricos independientes encaminados por medio de soportes estéticos y de divulgación masiva antes que argumentativos y dirigidos a las restringidas comunidades académicas, representa la configuración de una vía de construcción de conocimiento distinta a las tradicionalmente legitimadas como válidas. Dentro de este marco de entendimiento resulta posible plantear un espacio de reflexión en torno a la forma en la cual la historieta se ocupó de la vida cotidiana en la frontera establecida entre el estado-nación argentino en su proceso de avance sobre los territorios aborígenes y las parcialidades indígenas que ocupaban y reivindicaban su control sobre el comúnmente denominado “desierto”.

En función de las características particulares y del tratamiento específico que le fue otorgado en las historietas tanto a los episodios de amplio conocimiento como “la conquista del desierto” como a los aspectos más solapados de la sociabilidad fronteriza -como el mestizaje la etnogénesis, la vida en los fortines o los circuitos de aprovisionamiento ilegal de armas y bebidas alcohólicas estructurados entre indios y blancos- nos proponemos

debatir desde una perspectiva antropológica y arqueológica los fundamentos historiográficos sobre los cuales se erigió esta faceta del universo artístico argentino. Con este objetivo en mente buscaremos articular algunos de los aportes más significativos de la moderna producción científica nacional e internacional sobre fronteras con aquellas realizaciones de la historieta nacional que se hayan ocupado de los contactos entre criollos e indígenas esperando generar nuevos puntos de discusión derivada del diálogo entre arte, ciencia e historia. A través de un ejercicio comparativo que vincule esos tres ámbitos del acontecer cultural esperamos contribuir al establecimiento de relaciones temáticas que capitalicen de manera recíproca la potencia creativa y explicativa que reside en la Historieta, la Antropología, Arqueología y la Historia como vías de expresión de la sociedad en su intento de auto-representarse.

Palabras clave: Historieta - Frontera Sur - Antropología - Arqueología.

El papel de las fronteras y las fronteras de papel

Un segmento importante de la producción historietística realizada durante la segunda parte del siglo XX en la República Argentina planteó una aproximación particular hacia los procesos socio-históricos que tuvieron lugar durante el siglo XIX en las fronteras establecidas entre el estado nación en proceso de afianzamiento y los grupos aborígenes con diferentes grados de autonomía respecto del poder criollo en expansión. Anticipándose a los debates teórico-conceptuales que tuvieron lugar dentro de las ciencias sociales y las humanidades sobre las dinámicas sociales de las fronteras, el escenario donde se ubicaron los desarrollos argumentales de obras como “Cabo Savino”, “Lanza Seca”, “El Huinca”, “Martín Toro”, “Capitán Camacho” (por sólo nombrar algunos títulos entre la nutrida producción artística argentina) presentó en toda su complejidad las distintas vinculaciones sociales, intercambios culturales y dependencias económicas recíprocas existentes entre los grupos blancos e indios. De esta forma, la historieta nacional –mediante la utilización de un canal de difusión alternativo a las sendas académicas convencionales- introdujo elementos de reflexión relativos a los procesos de contacto, diálogo y conflicto intercultural que recién

fueron incorporados en la década de 1980 dentro de los ámbitos de discusión antropológico-histórica. A fin de ilustrar lo hasta aquí expuesto resulta pertinente sintetizar los derroteros conceptuales que transitó la noción de frontera para luego tensionar su acepción actual con la evidencia recuperada en diferentes capítulos de los títulos anteriormente enumerados deteniéndonos particularmente en el tratamiento que allí le reservaron al proceso de militarización masiva de los gauchos como parte de la estrategia estatal para conformar un ejército profesionalizado que obrase como instancia previa a la incorporación de los individuos dentro del mercado laboral regido por las modernas pautas capitalistas.

La moderna genealogía del concepto de frontera se remonta hasta los trabajos presentados por Frederick Turner en su obra, [The Significance of the Frontier in American History](#) presentada originalmente en 1893 (en Clementi 1968). En su exposición, el autor planteaba que la configuración del espíritu norteamericano había tenido lugar en vinculación con la expansión de la soberanía nacional hacia el oeste durante la segunda parte del siglo XIX. El motor de este proceso se situaba en el espíritu emprendedor de los pioneros norteamericanos cuyo ímpetu y decisión materializaron el anhelo social de colonizar las regiones que aún se mantenían ajenas al control estatal y simultáneamente, crearon las condiciones objetivas para el surgimiento de la identidad nacional. El entramado argumental sostenía que las sucesivas generaciones de pioneros blancos (los protagonistas principales de los acontecimientos caracterizados por ser intrínsecamente emprendedores y tenaces) trasladaron sistemática y exitosamente la frontera hacia el oeste abandonando en el ínterin las prácticas y concepciones europeas que resultaban obsoletas frente a los obstáculos planteados en los nuevos territorios. Con el transcurso del tiempo se produjo una alteración –paulatina en su ritmo pero definitiva en sus consecuencias- de los actores sociales centrales en el proceso de expansión blanca sobre el oeste hasta transformar completamente la racionalidad de según la cual regían sus actos.

El abandono progresivo de los rasgos culturales europeos dio lugar a la aparición de un nuevo pool de diacríticos ético-conductuales –informalidad, rudeza, violencia, iniciativa individual y democracia- que en conjunto llegaron a representar por antonomasia una “americanizada” original nacida de los propios rigores que el avance hacia el poniente le impuso a aquellos que lo emprendieron. Como consecuencia, se habría generado una matriz

que propiciaba la aparición de un nuevo tipo de ciudadanía cuyo ethos arraigaba en su capacidad de domesticar lo salvaje (esta última constituía una noción ideológico-política que se oponía diametralmente a la civilización y donde, merced de su ambigua condición polisémica, ingresaban tanto la naturaleza inhóspita como los grupos indígenas reacios a los beneficios que traería aparejado el progreso) que a la vez era potenciado por el fortalecimiento de carácter que confería la superación del propio desafío que fundaba esa idiosincrasia.

El correlato conceptual que este planteo sociológico tuvo para la idea de frontera la definió como una línea divisoria que separaba a los grupos indígenas de aquellos blancos y cuya vinculación se regía exclusivamente por la rivalidad en la disputa por las tierras y los recursos allí disponibles. La lógica del proceso de avance hacia el oeste del pionero blanco implicaba una correspondiente retirada de las parcialidades aborígenes ante el empuje proveniente del este. En términos conceptuales, la frontera se erigía como una línea (en el más estricto sentido de la palabra por ser definida como un clivaje unidimensional) que se desplazó unidireccionalmente como saldo de la perduración trans-generacional de la conflagración entre poblaciones indias y la sociedad blanca. La imagen de dos mundos culturales esencialmente separados e irreductiblemente enfrentados –fragmentación indígena basada en la existencia de estructuras tribales jerárquicas y anacrónicas frente a la cohesión blanca basada en el contrato entre iguales hermanados a causa de los desafíos de la tarea colonizadora- constituyó una imagen solidaria con el modelo de maniqueo sobre el cual se cimentó la interpretación histórica de los acontecimientos. Como resultado, el proceso de avance de la frontera quedaba reducido a una representación binaria de indios contra blancos donde los matices internos en ambos grupos quedaban velados bajo un manto de homogeneidad. En otras palabras, los indios eran todos indistintamente salvajes y operaban de acuerdo a los impulsos dictados por su propio salvajismo mientras que los blancos actuaban en función de una agenda compartida y sintética cuyas particularidades les imprimieron a todos sus protagonistas el mismo conjunto de rasgos.

En la República Argentina los representantes del estado que transitaron las fronteras en calidad de exploradores, científicos y militares se hicieron eco de los planteos de Turner, implementándolos en clave comparativa en busca de un marco explicativo que diera cuenta de las dinámicas de frontera propias de nuestras latitudes. El juicio que Arturo Seelstrang

tenía sobre este particular concurre a arrojar luz sobre la virtuosa relación que existía a finales del siglo XIX entre los Estados Unidos, sus pobladores y la problemática del avance de la frontera, aunque anticipa en casi dos décadas la aparición de los postulados turnerianos:

“Estados Unidos, cuyos ciudadanos hicieron y hacen grandes avances al desierto sin casi ninguna protección de fuerza armada, porque los guardias avanzados de la civilización norteamericana se componen en su mayor parte de hombres aguerridos en la vida de la frontera y criados desde la niñez en continua lucha con los elementos y fieras de sus bosques natales” (Seelstrang [1878] 1977: 88)

La coincidencia entre la descripción del explorador argentino y el historiador norteamericano, señala que este último, antes que exponer un sistema de opiniones rupturista con un imaginario innovador, simplemente condensaba a nivel discursivo el producto de un proceso de sedimentación ideológica hegemónica comprendido de forma homogénea por agentes geográfica y temporalmente distanciados.

La noción de frontera como una línea divisoria entre entidades separadas, enfrentadas y esencialmente en conflicto permaneció vigente hasta la década de 1980 cuando distintos pensadores y científicos sociales cuestionaron la validez analítico-conceptual de esta visión. Si bien la idea tradicional de frontera ordenó las aproximaciones científicas sobre la temática, los desarrollos posteriores problematizaron el fundamento dicotómico del contenido conceptual tradicional y propusieron sustituirlo por una definición complejizada que lograra dar cuenta de la multiplicidad de matices socio-culturales que tuvieron lugar en los ámbitos de contacto. Las renovaciones en torno a los estudios de frontera se centraron en la producción de diversos historiadores y etnohistoriadores. Entre estos cabe destacar las obras de Raúl Mandrini, Marta Bechis, Miguel Ángel Palermo, Lidia Nacuzzi, Carlos Mayo, Nilda Areces y Mónica Quijada. Si bien con diferencias en torno a las perspectivas teóricas y metodológicas empleadas en sus estudios, en términos generales todos coinciden en entender a la frontera y a sus diversos actores sociales como parte de un proceso histórico dinámico y cambiante (específicamente haciendo hincapié en aspectos demográficos y económicos, en la emergencia del estado-nación argentino y en la complejidad de las diversas parcialidades aborígenes, sus

identidades o adscripciones étnicas, sus interacciones con otros actores sociales y el activo rol jugado por estas en las fronteras).

Raúl Mandrini, quien desde hace más de dos décadas dedica sus estudios a temáticas vinculadas con diversos grupos indígenas, considera a la frontera como “(...) un área de interrelación entre dos sociedades distintas, en las que se operaban procesos económicos, sociales, políticos y culturales específicos” (Mandrini 2000:63). Por su parte, Carlos Mayo y su equipo comprenden a la frontera como “esos espacios marginales, en donde gente de distintas culturas interactuaba en el marco de condiciones particulares (militar, comercial, religioso, social y político) y se desarrollaban instituciones específicas (la misión, la encomienda, la milicia y el poblado)” (Mayo 2000:16). La investigadora Marta Bechis, expresa que “frontera significa contacto, intercambio, aculturación recíproca, modificaciones y cambios de unos por la presencia de otros” Bechis (1989:11).

La resignificación del enfoque conceptual sobre la frontera impactó en todo el espectro disciplinario donde dicha temática constituía un eje de análisis privilegiado (Antropología, Historia, Arqueología, etc.) revolucionando los fundamentos mismos sobre los que se levantaban los edificios argumentales de las investigaciones. Empero, la evidencia indica que dentro de un amplio conjunto de las historietas argentinas el tratamiento de los acontecimientos y procesos históricos propios de la frontera en la segunda parte del siglo XIX los nodos centrales de la discusión científica poseían larga data. Una de las manifestaciones más visibles del cariz cultural netamente dialógico que poseía la frontera se observa en los procesos de mestización social que protagonizaban los individuos que migraban desde un grupo a otro por razones de fuerza mayor. Entre el amplio espectro de causas que movilizaban a los sujetos a radicarse entre aquellos que tradicionalmente son vistos como sus adversarios, podemos señalar los procesos de mestización asociados a la deserción de los soldados acantonados en los fortines y su posterior relocalización en las *tolderías* indígenas.

Los hombres de armas que huían de los establecimientos militares de fronteras generalmente eran antiguos gauchos compulsivamente militarizados que rebelándose contra la disciplina militar. Nicasio Oroño describió en 1864 los rasgos propios de la situación. “Se arrebató a los pobres paisanos, cuyo delito es haber nacido en la humilde condición del gaucho, para llevarlo a servir sin sueldo, desnudo y muchas veces sin alimento necesario;

porque para ellos el campamento es la cárcel, y si nos aprehendidos, se les devuelve en azotes las horas de libertad que han ganado” (citado en Gómez Romero 2007: 93). Y las penas derivadas de la transgresión a las normas castrenses, de las cuales la desertión era una de las afrentas más graves, conllevaban un amplio repertorio de castigos y suplicios corporales. La crudeza de la cotidianidad fortinera fue retratada tempranamente en las historietas argentinas mediante la articulación argumental del tema dentro de un entramado de relaciones sociales específicamente contextualizado en la frontera. El número 3 de Facundo Cruz Cuchillero titulado “El fantasma del cepo” caracteriza el costado más brutal del disciplinamiento que la estructura militar le imprimió a la díscola población de gauchos levados y destinados al servicio de las armas en la frontera. La temática recibió un tratamiento similar en publicaciones vinculadas a la vida de los gauchos/soldados como Juan Montiel, Soldado de la libertad (Aguiles, d: Rainieri, en Ping-Pong 1951); El Sargento Montiel (S. Almendro- O. Cataldo en La Razón 1980), Capitán Camacho (Cao-Merel- Casalla) y El Capitán Ontiveros (guiones de Antonio Nella Castro y dibujos de Juan Arancio) 1971.

La visión de los autores transmitía una perspectiva íntimamente vinculada con los desarrollos conceptuales tardíamente relacionados dentro de las investigaciones científicas contemporáneas al poner en vinculación la conformación del ejército de frontera con la incorporación forzada del paisanaje pobre. Por otro lado, la estructuración de una narrativa fundamentada propiamente en las fuentes históricas relacionadas con los acontecimientos militares más relevantes vino de la mano de historietas como “lanza seca” (Roux); “La Guerra al malón”; “La guerra del desierto” (Breccia); “Fuerte Argentino” (Ciocca). La postura historicista como base de la composición del relato consiguió des-higienizar la realidad de la frontera sin por ello renunciar a establecer visiones heroicas de los sujetos particulares que se retrataban. Tal es el caso de El Huinca y Fabián Leyes (aparecidos en Patoruzito y el diario La Prensa respectivamente)¹ quienes se mostraban proclives a asistir a todos aquellos que así lo necesitaran pero que también eran contratados alternativamente como guías para las partidas exploratorias que circulaban en torno a los fortines;

¹ La historieta Lindor Covas el cimarrón representa un caso de tensión entre realismo y adulteración cuando expone cuestiones políticas de índole crítica durante la dictadura rosista pero omite expresamente todas las alusiones a la violencia entre los habitantes de la campaña pampeana.

destacando tácitamente que aún así la necesidad de contar con los recursos que garantizaran la reproducción de su modo de vida.

La materialidad de la frontera en la historieta

La Frontera del Sur, entendida como un espacio construido socialmente, un ámbito de fluidas y múltiples interacciones entre diversos grupos sociales, poseyó su propia materialidad. Los arqueólogos, en sus trabajos de campo, se topan con gran cantidad de objetos, artefactos, utensilios, herramientas, estructuras arquitectónicas, etc. Los mismos poseen historias particulares, que los investigadores deben reconstruir y narrar. Sin embargo, la materialidad no refiere solamente a estos restos materiales construidos, obtenidos y usados por los grupos humanos, sino también al espacio en el cual habitan (su concepción, percepción, apropiación, uso, explotación, ritualización, etc.). No interesan los objetos y los espacios en sí mismos sino la manera en que los mismos componen parte intrínseca y activa de las prácticas sociales de dichos grupos. El estudio de la materialidad implica entonces analizar los vínculos establecidos entre los hombres, las cosas y su entorno así como las relaciones sociales que entre ellos median y los constituyen. Es a partir de las prácticas, sus representaciones e historicidad en donde la materialidad adquiere significación. La Arqueología considera que la materialidad es indispensable para rastrear, pensar y comprender las relaciones sociales de los grupos humanos del pasado y del presente. Su investigación sociológica, histórica, arqueológica, etnohistoria o antropológica puede y debe llevarse a cabo a pesar de la fragmentariedad de los registros empleados.

Los diversos autores de historietas vinculadas al espacio rural y fronterizo establecido en las regiones de Pampa y Patagonia durante la segunda mitad del siglo XIX, parecieron intuir esto. Sus producciones sorprenden por la rigurosidad histórica -no sólo en cuanto a hechos y acontecimientos historiográficos- sino, específicamente a la materialidad o “cultura material” perteneciente al mundo fronterizo que sus protagonistas transitaban. Por ejemplo en una entrevista realizada por el diario El Litoral, Jorge Claudio Morhain, guionista de Martín Toro, ante la pregunta en relación a su forma de ambientar dicha publicación, respondía: “Cuando me dijeron en Columba que Casalla (autor de Cabo

Savino) necesitaba guionistas y que yo podía hacer una buena gauchesca, no sabía nada del tema. Así que chapé los libros. Todos los que pude. Mi colección de Todo es Historia. Y después montones, hasta armar una biblioteca que debe tener unos 500, calculo. El coronel Walter, Mansilla, Ebelot, etc.". Estas fuentes primarias editadas a lo largo del siglo XX, son las mismas que utilizan continuamente historiadores, etnohistoriadores, antropólogos y arqueólogos para abordar temáticas vinculadas a diversos procesos intrínsecos a los ámbitos de fronteras como el mestizaje, la etnogénesis, el conflicto, las identidades, entre otros. Durante la misma entrevista, Morhain destacaba que "(...) escribí historias absolutamente documentadas. Incluso lo digo en mi curso de historieta: el escritor y el dibujante deben saber cómo es la silla, la cama, el cuadro, la alfombra, la lámpara". El énfasis puesto en la materialidad no es casual ni azaroso, los artefactos crean y recrean los escenarios, disponen al lector a adentrarse en otro tiempo, en otro espacio y en otro mundo, que sin embargo tiene un dejo de cercanía.

Los autores mencionados no solo abrevaron en fuentes primarias editadas con el fin de recrear el contexto histórico y material de sus obras. Las fotografías de época y las colecciones de museos y privadas -específicamente los artefactos militares e indígenas vinculados a los armamentos y a la vestimenta- debieron haberles resultado de extrema utilidad para tales fines. Un ejemplo de ello es el caso de las corazas de cuero implementadas en las tropas de frontera por el ministro Alsina. Si bien el uso de las mismas se encuentra documentado (Ministerio de Guerra y Marina 1876 y Servicio Histórico del Ejército colección Lucha con el indio), su apariencia y forma de uso, sólo pueden apreciarse en fotografías o en las exposiciones museográficas (Álbum Antonio Pozzo 1879 en Museo Roca y Museo de Armas de la Nación). Carlos Casalla, en Cabo Savino N°3, presenta al protagonista enlazado en un entrevero a sable con un indígena, en donde puede apreciarse el uso de la coraza de cuero endurecido (imagen 1 en Anexo). Algo similar ocurre con el armamento, el caso de la incorporación del fusil Remington Patria calibre 43, al Ejército Nacional resulta paradigmático. Diversos guionistas y dibujantes de historietas se interiorizaron, no sólo en el aspecto de este armamento, sino en sus formas de uso y en sus municiones. Por ejemplo, siguiendo con el Cabo Savino (N°13), puede apreciarse en esta tapa como el protagonista inserta en su fusil Remington, un cartucho metálico de retrocarga. Por otro lado se puede observar a otro soldado golpeando con su arma a un

indígena, práctica de combate referenciada en las fuentes de frontera (e.g. Prado 1967 []) (imagen 2 en anexo). A su vez, el dibujante Cesar Spadari y el guionista Enrique Rapela, dan cuenta del uso de un tipo de Remington denominado Colí (Settel 1984), solo usado por las tropas de caballería. Este dato denota un conocimiento pormenorizado del armamento de frontera para comienzos de la década de 1870.

Paralelamente, y para finalizar, cabe destacar el trabajo de archivo y repositorio implícito en algunas de las obras vinculadas a la temática de frontera, sin embargo siempre resulta útil considerar que (...) es necesario recordar que una lectura del pasado, por mas controlada que esté por el análisis de los documentos, siempre esta guiada por una lectura del presente. de Certeau (1993:37):

Anexos

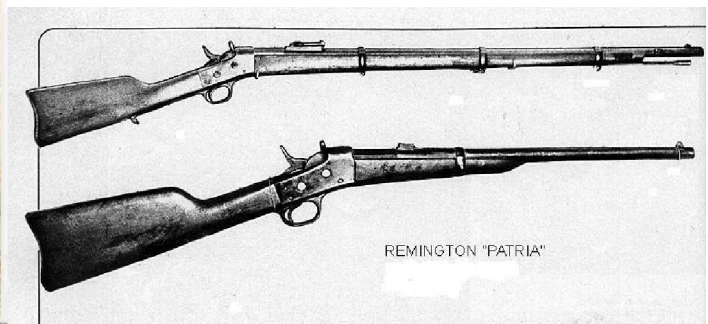


Pozzo 1879 (Museo Roca); Casalla s/f

imagen 1



Casalla s/f



Settel 1984



Spadari s/f

Bibliografía

Bechis, M.

1989. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el Siglo XIX ¿Autoridad o poder?. Primer Congreso de Etnohistoria Argentina: 1-29. Buenos Aires.

Casalla, C.

S/f. Cabo Savino. Editorial Columba. Buenos Aires

Clementi, H.

1992 [1968]. F. J. Turner. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

De Certeau, M.

1993. La escritura de la historia. Universidad Iberoamericana. México.

Diario el Litoral

2010. Jorge Claudio Morhain: El hombre que escribió todo. Entrevista realizada a Jorge Claudio Morían el 4 de septiembre del 2004. Acceso septiembre de 2010. <http://axxon.com.ar/not/142/c-1420007.htm>

Gómez Romero, F.

2007a. Se presume culpable. De los Cuatro Vientos. Buenos Aires.

Mandrini, R.

2000. Los “Araucanos” en las pampas. Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI – XX). Boccara Guillaume (ed.). Abya-Yala. Instituto Francés de Estudios Andinos.

Prado, C.

1960 [1907]. La guerra al malón. Eudeba. Buenos Aires.

1974 [1892]. La conquista de la pampa. El Lorraine. Buenos Aires.

Rapela, E. y A. Spadari.

S/f. El Huinca. Editorial Cielo Azul. Buenos Aires.

Seelstrang, A.

[1878] 1977. Informe de la comisión exploradora del Chaco. Eudeba. Buenos Aires.

Settel, C.

1984. El legendario Remington Modelo 1871. Armas y Geoestrategia, Vol. 3 (8):15-22.